CASONA EN MURCIA: UNA ETAPA DECISIVA

Sabida es la singular importancia que tuvieron en la trayectoria biográfica de Casona los años pasados en Murcia, ciudad a la que habían sido destinados sus padres, funcionarios ambos del magisterio —maestro su padre, don Gabino Rodríguez Álvarez; Inspectora de Enseñanza primaria su madre, doña Faustina Álvarez García—. Esta importancia radica esencialmente, a mi modo de ver, en que en esa época se decidió el futuro literario del que, con el tiempo, se habría de convertir en uno de nuestros dramaturgos más conspicuos. En Murcia y en esos años (1917-1922) quedaron cimentadas con firmeza, fraguadas definitivamente, por las influencias que después señalaremos, las aficiones literarias de Alejandro que iban a derivar paulatinamente hacia el ámbito concreto del teatro, como el propio autor ha confesado más tarde en repetidas ocasiones [1].

Esas influencias, que actúan sobre una sólida y amplia base cultural que ya poseía el despierto mozalbete asturiano, adquirida en el seno de su propia familia, son de dos órdenes: por una

---

[1] Por ejemplo, en las cartas —que reproducimos más adelante— a su amigo D. Antonio Martínez Ferrer del 30 de octubre de 1947, a D. José Martínez Gilabert del 3 de marzo de 1948 ó a D. Julio Reyes, del 5 de mayo de 1951.

parte, influencias de maestro sobre discípulo; por otra, influencias de los amigos y compañeros de estudios que frecuenta. Entre las primeras, eslabón inicial sin las que no se podrían calibrar cabalmente las otras tenemos que hacer hincapié, en particular, en las que recibe el joven Alejandro mientras cursa los tres últimos años de Bachillerato en el Instituto General y Técnico de Murcia, hoy de Alfonso X el Sabio. Al llegar a la ciudad del Segura para inciar el cuarto curso tiene 14 años; al finalizar el sexto y último de sus estudios medios, 17. También convendría señalar las que operaron sobre él en el movido año académico 1920-21 en el Conservatorio Provincial de Música y Declamación (hoy Conservatorio Profesional de Música y Escuela de Arte Dramático), en donde se matriculó libre, según documentos de que dispongo, para seguir las clases de Declamación, asignatura que explicaba entonces el ilustre poeta Jara Carrillo (1876-1927). Al cuerpo docente de dicho centro pertenecían también por entonces Dionisio Sierra y Massotti. Allí en el Conservatorio se le contagiaría, al mismo tiempo, la pasión desenfrenada por el teatro que le imbuirían sus amigos y condiscípulos, aunados todos en la misma fiebre incontenible, que a más de una locura juvenil les iba a impulsar, en el mismo entusiasmo a ultranza por las tablas.

Pero examinemos primero las influencias de los maestros. La persona que, en los años de Bachillerato, probablemente más poderosa influencia ejerce sobre sus inclinaciones literarias, estimulándolas y alentándolas, polarizándolas y orientándolas con pericia fue, según creo, don Andrés Sobejano Alcayna, profesor a la sazón de las disciplinas literarias en el mencionado Instituto murciano de segunda enseñanza. Don Andrés, nacido en 1890, tiene entonces, en el momento de producirse los primeros contactos con Alejandro, es decir, en 1917, 27 años. Se encuentra, pues, en plena juventud y hay que imaginarle —cosa fácil desde nuestra actual perspectiva— no solamente como un profesor de preceptiva y composición literarias —o de historia de la literatura— a secas, sino como al hombre joven con ilusiones y propósitos creadores, poeta también y escritor en formación, que no

se limita a explicar su asignatura retóricamente sino que vive y siente lo que dice, participa del temblor de los poemas que recita e interpreta, define sus propios gustos en armonía o en oposición a los estilos y a las tendencias que estudia.

Esta influencia de don Andrés, significativa y relevante sobre todo en función de decidir la dedicación futura del joven Alejandro por las letras —aunque no se trasluzca posteriormente de una forma concreta en sus obras escénicas, a mi entender, pero sí, en cambio, en las poéticas, de sello inicialmente modernista— la ha confesado paladinamente el propio dramaturgo. En los tiempos ya lejanos de preparación de mi tesis doctoral, y durante una de mis estancias en Murcia siguiendo las huellas de Casona, mi buen amigo don Julio Reyes tuvo la gentileza de poner a mi disposición su abundante correspondencia amistosa con el escritor asturiano, afincado desde 1939, como se sabe, en Buenos Aires. En una de esas cartas, la fechada el 5 de mayo de 1951, habla el comediógrafo de sus maestros murcianos, de la trascendencia que tuvieron en su vida y menciona —por primera vez, que yo sepa— a don Andrés Sobejano entre los que ejercieron sobre él un benéfico y al propio tiempo decisivo magisterio. El primer párrafo de esa carta dice literalmente:

«Mi querido amigo: He recibido tu carta (de manos de Losada) con la alegría y la nostalgia juntas que nos traen siempre el recuerdo de cosas, épocas, amigos y lugares que tienen sitio antiguo en el corazón. Mis años de Murcia (quizás embellecidos por la distancia) están entre las cosas mejores de mi vida. Y naturalmente, con ellos, los compañeros de entonces que me recuerdas: Pepe el Confitero, Pellicer, Antonio Martínez, Prior; y los viejos maestros ya desaparecidos: Andrés Sobejano, Dionisio Sierra y el gran poeta Jara Carrillo. Todos ellos y vosotros, cada uno un poco, habéis tenido la culpa de que yo tomara este camino del teatro; camino empezado ahí y seguido luego fervorosamente a lo largo y lo ancho de tantos países, hasta el punto de que ya el teatro no es para mí lo que se llama una segunda vida sino mi vida única y total. Me une a Murcia mi juventud con to-

das sus iniciaciones; me une a vosotros una inquebrantable amistad agradecida... y esta especie de complicidad literaria.»

En ella, como puede apreciarse, recuerda Casona a «los viejos maestros ya desaparecidos», manifiesto error en que se encontraba originado por equivocadas informaciones que se le dieron y que sólo se desharía más tarde[2] al escribirle el propio don Andrés unas breves líneas en una carta del hijo de un amigo común, don José Martínez Gilabert. La vida fecunda de don Andrés se prolongaría aún hasta el 5 de noviembre de 1969, adelantémoslo ya, con lo que sobreviría aún en más de cuatro años a su egregio discípulo.

Pero volvamos, después de este inciso, a donde nos quedamos más arriba. Me interesaría que quedara bien sentado que Alejandro está ya en Murcia en 1917 porque consta documentalmente que está matriculado para las asignaturas del curso cuarto del Bachillerato y que sigue las clases correspondientes en el Instituto. Estoy en situación de afirmar esto porque tengo ante mi vista una fotocopia de la certificación académica oficial, extendida el 17 de agosto de 1920 y que contiene las notas de todo el plan general de estudios. Al final de ella se hace constar que «tiene hecho el depósito que marca la Ley para obtener el Título de Bachiller»[3].

Me parece sintomático y curioso a la par que de las mejores notas obtenidas en esos años —cuatro sobresalientes con matrícula de honor—, dos sean en las materias que tenía a su cargo don Andrés Sobejano: «Preceptiva literaria y composición» y «Elementos de historia general de la literatura», lo que ya nos habla claramente de las preferencias del incipiente escritor. Por

---

2 Como se deduce de la carta de Casona del 13 de octubre de 1953 —que puede verse más adelante— a D. Julio Reyes.

3 Insisto en ello para corregir un "lapsus" deslizado en mi libro *Vida y teatro de A. Casona*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1963, pág. 17 y en mi aportación —"Casona en Norteamérica"— al número homenaje a Casona publicado por el Instituto de Estudios Asturianos en 1966 (pág. 152). Me interesaba aclarar este extremo, cosa que puedo hacer ahora por encontrarme en posesión de documentos escritos fehacientes.

lo demás, hay que decir que sus notas fueron generalmente buenas, por lo que cabe deducir que Alejandro fue un estudiante diligente y aplicado. En las 14 asignaturas cursadas en esos tres años, alcanzó 4 sobresalientes con matrícula de honor,[4] 4 sobresalientes, 4 notables y sólo 2 aprobados (en «Física» y en «Química»).

En 1917, por consiguiente, se inicia esa corriente de amistad y afecto entre don Andrés Sobejano y su aventajado discípulo Alejandro Rodríguez, pronto copartícipe suyo de aficiones e inquietudes literarias y poéticas. Me parece interesante aducir el testimonio del propio don Andrés:

«Fue (Alejandro) componiendo y dando a luz pública ensayos poéticos cada vez más finos y perfectos, con muy seguro estro y notoria galanura. Y al mencionar este adelanto, debo aquí referirme... a la parte personal y directa influencia que tuvo el que esto escribe, según aquél reconocía y se complacía en exponer públicamente, en el fomento y dirección de sus aptitudes, y en su formación y avanzada educación literaria en aquellos años mozos en que lo conocí y traté con bastante asiduidad. Porque, además de algunas asistencias atentas, aunque intermitentes, a mis clases oficiales, venía él con mucha frecuencia hasta mí, tímido al principio, con más soltura después, a mostrarme en mi despacho de la biblioteca pública sus composiciones en verso y prosa, para que le manifestase sinceramente mi opinión y se las corrigiese, si de ello eran susceptibles. Le acogí siempre con simpatía y aliento. Y, claro es, pese a algún balbuceo de novel en la técnica, comoquiera que descubrí en su aspiración y en su persona una delicada sensibilidad y temperamento poéticos, una imaginación despierta y fácil al tropo, y una vena de auténtico sentimiento que, sobre los medios preceptistas, afloraba en sus rimas, no sólo le animé y estimulaba a que escribiera más y a menudo y a que publicase sus nada vulgares poemas, sino que le proporcioné facilidades y tribunas donde poder recitarlos o

---

4 Los otros dos, además de los ya citados, los alcanzó en "Psicología y Lógica" y en "Etica y Rudimentos de Derecho".

verlos en letras de molde, dándose más a conocer en aquel medio ambiente literario murciano, donde a la sazón brillaban escritores excelentes y se acusaban núcleos muy estimables de poetas jóvenes y bisoños» [5].

La confirmación de esta relación afectuosa y cordial la encontramos en el mismo Casona quien, en otra de sus cartas a don Julio Reyes especifica mejor, aclara y delimita la importancia de su amistad con su antiguo profesor, que ya había insinuado globalmente al referirse a «los viejos maestros» de su etapa murciana. Esa carta está fechada también en Buenos Aires el 13 de octubre de 1953 y en ella escribe textualmente el comediógrafo asturiano:

«Querido Julio: Recibí a su tiempo tu carta del 9 de septiembre, y hace unos días otra del hijo de nuestro inolvidable amigo Pepe M. Gilabert. Iba a contestar hoy a éste, pero no sé cómo su carta se ha extraviado en el montón de papeles de mi mesa, donde en cambio encuentro la tuya. Va, pues, la contestación para los dos. Y va especialmente porque en la carta del hijo de Pepe venía una coletilla a mano firmada por don Andrés Sobejano, cosa que me dejó perplejo y al mismo tiempo lleno de alegría esperanzada. ¿Es el don Andrés Sobejano que fue bibliotecario y profesor de literatura del Instituto de Murcia allá por 1918? Apenas puedo creerlo. Una vez pregunté por él y se me dijo que «había desaparecido durante la guerra», fórmula que me impidió investigar más. He querido a don Andrés como a ninguno de mis maestros, como al más íntimo y verdadero; y a él le debo más que a nadie (a sus consejos, a sus libros, a su fe en mí) el haber tomado este camino, tan lleno de emociones y tropiezos, de la literatura. Si es él, no dejes de enviarme su dirección y noticias; si se trata de un hijo, hazle presente todo mi cariño, la devoción y la gratitud que guardo por el padre, junto

---

5 "En memoria del gran poeta dramático Alejandro Casona. Su noviciado literario en Murcia", publicado en el periódico "Línea", de Murcia, el 5 de junio de 1966, sección "Murcia documento", págs. 7-8. La cita es de la pág. 7. Este mismo ensayo había sido publicado anteriormente, en 1965, en tirada aparte, por Sucesores de Nogués, Murcia.

en mi corazón con Dionisio Sierra, Jara Carrillo y los profesores del Conservatorio.»

Esa amistad, tan oportuna y afortunada para las letras españolas, hay que verla, pues, en su marco justo, en relación con la que a Alejandro unía con los demás maestros de Murcia, a los que casi siempre nombra al referirse a aquellos años desde su lejanía americana. Pero distingue su amistad y contacto con don Andrés como el más eficaz y fecundo —junto con el del excelente poeta Jara Carrillo— quizás, entre otras cosas, por la gran fe que el joven profesor tenía puestas en él. «¿No había yo de tener fe en él— escribirá después don Andrés [6]— y en su porvenir, si lo veía todo tenaz y enfervorizado en su incipiente labor e iluminado por la gracia de la inspiración, dádiva de los elogios? ¡Qué mayor orgullo y contento para un profesor de Letras humanas que haber ayudado socráticamente a la revelación de tan singular ingenio y descollante pluma como la de este escritor sutil de nuestro tiempo!».

También en Murcia ve Alejandro aparecer por vez primera sus composiciones poéticas. La primera publicación suya de que se tenga noticia es [7] «La empresa del Ave María», que tengo ante mi vista en fotocopia. Se trata de un romance histórico en octosílabos al gusto del duque de Rivas en que glosa la famosa hazaña llevada a cabo por Hernán Pérez del Pulgar con un grupo de valerosos caballeros durante el cerco de Granada por los Reyes Católicos. Fue premiado dicho romance, según consta allí mismo, en los Juegos Florales de Zamora. Tiene Alejandro entonces (1920) 17 años. Lo publicó en la revista «Polytechnicum»,[8] fundada y dirigida por el doctor don José Pérez Mateos. En el Comité Directivo de la misma figuraba, entre otras personas, don Andrés Sobejano. El Director artístico de la revista era, por 1920, Dionisio

---

6 "Línea", 5 de junio de 1966, p. 8.

7 Como ya indiqué en mi libro, citado antes, pág. 17, nota 8. Encontré este romance en el Archivo Municipal de Murcia, después de laboriosa búsqueda, con la colaboración de mi amigo Manuel Ruiz Funes, por las revistas y periódicos locales de aquellas fechas.

8 Número de octubre de 1920, págs. 152-156.

Sierra. El puente entre Alejandro y esa publicación murciana, el que le facilitó el acceso a ella, fue, con el mismo espíritu de aliento y estímulo que en tantas otras ocasiones, don Andrés Sobejano, como él mismo ha asegurado explícitamente:

«En Murcia escribe y publica sus más tempranas producciones rimadas, desde un romance heroico sobre el triunfo del Ave María, inserto en la revista local «Polytechnicum» por gestión mía y que le fue premiado en un certamen de Zamora, a otros varios poemas líricos, que leyó a veces en veladas y fiestas culturales de centros diversos y del Conservatorio o que aparecían con su firma en semanarios u hojas locales»[9].

La intensidad de ese sostenido y sincero vínculo amistoso entre maestro y discípulo se debilitará, por alejamiento geográfico, al marcharse Alejandro de Murcia[10]. Transcurrirán doce, trece años sin que se produzca nada relevante. Pero llega el año 1934 que señala la consagración definitiva de Casona en la escena española. Después de haber conquistado en 1933 el premio Lope de Vega, del Ayuntamiento de Madrid, su comedia *La sirena varada* es estrenada a todo honor en el teatro Español de la capital de España, por la compañía de Margarita Xirgu-Enrique Borrás. El éxito es resonante. Sus maestros y amigos murcianos, orgullosos de su recordado y querido discípulo y compañero, se trasladan

---

9 "Línea", 5 de junio de 1966, p. 7.

10 Después de unos cinco años de estancia: desde 1917 hasta verificar el ingreso en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid en 1922. En sus estudios, sin embargo, hubo una interrupción de un año, aproximadamente, de duración, impuesta por sus padres como consecuencia del suspenso en literatura en el preparatorio de la Facultad de Filosofía y Letras —Cátedra del profesor D. José R. Lomba y Pedraja— y determinada también, al propio tiempo, por las desmedidas inclinaciones artístico-escénicas del joven Alejandro y aventuras con ellas relacionadas. Estas últimas las describe el protagonista, con humor y añoranza, en cartas a sus camaradas de entonces D. Antonio Martínez Ferrer y D. José Martínez Gilabert (esas cartas pueden leerse más adelante). Esa interrupción temporal en sus estudios fue la que Alejandro debió llenar con su inesperada ocupación de "ebanista forzoso". Cfr. también sobre esto Constantino Suárez: *Escritores y artistas asturianos*, t. VI, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1957, págs. 493 y ss.; F. C. Sáinz de Robles: edición de *La barca sin pescador*, Ediciones Alcalá, Madrid, 1966, págs. 7-8.

a Madrid para felicitarle efusivamente, para alegrarse cordialmente con él por el sonado triunfo alcanzado: «¡Qué radiante estaba Alejandro, —nos relata don Andrés [11]— a las muy pocas noches del soñado estreno, en el saloncillo de aquel teatro, donde tuve el placer de abrazarle, entre elevadas figuras de la escena y la literatura, a las que nos fue presentando a mí y a algunos otros murcianos que me acompañaban...!».

Habrán de pasar casi veinte años más (1934-1953) para que esa amistad nunca interrumpida en el corazón se reanude en la correspondencia, al ser aclarado, como ya expusimos antes, el error de información en que vivía Casona respecto a don Andrés Sobejano. Enterado, pues, el ya encumbrado dramaturgo de que su antiguo maestro vive, le tendrá presente Casona en varias de sus cartas posteriores, en las que se expresa siempre en términos cariñosos al referirse a él. Un ejemplo: «Querido Julio: Recibí oportunamente tu carta tirándome de las orejas por no haber contestado a otra anterior, que recibí también, en la que me dabas noticias de mi querido y siempre recordado maestro Sobejano, al que envío aquí un fuerte abrazo» [12].

Creo que fue durante una de mis estancias en Murcia, en 1962, cuando, por medio de mi buen amigo don Julio Reyes, siempre tan servicial y atento, tuve el gusto y la satisfacción de conocer personalmente a don Andrés Sobejano, de disfrutar charlando con él, de visitarle en su despacho del Museo Provincial de Bellas Artes, del que era director, de departir con él largamente sobre Casona. Tuve oportunidad entonces de calibrar, de paso, su profundo saber, su modestia, su franqueza y amabilidad, su sencillez y afecto. En esa ocasión me mostró una carta de Casona, recibida tiempo antes, de la que saqué una copia. En ella se corrobora una vez más lo que ya sabemos bien, desde el principio —el ha-

---

11 "Línea" cit. p. 8.

12 Carta a D. Julio Reyes, desde Buenos Aires, 4 de abril de 1954. También recuerda a sus restantes maestros: "Si tu amigo Ladrón de Guevara me trae un Jara Carrillo será recibido con los brazos abiertos. No olvido a aquel gran poeta y perfecto caballero, que fue mi maestro de poesía en los años de Murcia." Carta a D. Julio Reyes, 21 de mayo de 1960.

bitual «Querido maestro y amigo»— hasta el final, pasando por esa elocuente y agradecida afirmación de capital importancia: «Me gustaría volver a esa Murcia, donde usted puso en mis manos los primeros poemas que me despertaron a las letras». Pero veamos entera esta carta que, por lo que puedo afirmar, se publica ahora por primera vez. Está fechada en Buenos Aires el 11 de agosto de 1960 y en ella escribe Casona:

«Querido maestro y amigo: Quizá no se imagina bien la alegría que me dio la llegada de su *Sombra y vislumbre*. Hacía años, muchos años, que no sabía nada de usted. Y alguna mala información me había hecho creer que ya no tendría noticias. En ese estado de ánimo, abrir su libro fue como recibir de repente un abrazo cálido y lejano. Gracias por haberme recordado, y gracias por seguir firme, serenamente, en su guardia de poeta.

Su libro no es triste como usted cree. No es una sombra que recorre una vida. Es, sí, de una tierna melancolía, que igual abarca al hombre que a sus utensilios y su paisaje. Hay una frontera nebulosa donde la melancolía y la sabiduría se encuentran ¿acaso están separadas alguna vez? En esa frontera están sus torres y su fe y sus tempestades interiores, y los ojos de endrina que ya no pueden reservarnos sorpresas milagrosas.

Tiene también la intimidad y el gesto recoleto de la vida provincial. No lo digo como limitación. He recorrido muchos países, y lo mejor de todos —su alma secreta— lo he encontrado siempre en las provincias. Precisamente... «al viejo concertante de las torres».

Releo su Salve de Auroros en memoria de nuestro querido Jara Carrillo. ¿No es grata coincidencia que también estos días haya recibido un libro de él, enviado por su sobrino?

Me gustaría volver a esa España que no olvido una sola hora de mi vida, y que desde lejos he aprendido a amar con más fuerza y pureza. Me gustaría volver a esa Murcia, donde usted puso en mis manos los primeros poemas que me despertaron a las letras. Sé que no son más que sueños, pero... En América es difícil el sueño; hay demasiados despertadores por todas partes. Y toda postura es incómoda. Todo es demasiado pequeño o dema-

siado grande. El que dijo que el hombre es la medida de todas las cosas, lo dijo antes de 1492.

Quizá debiera decirle algo de mí. No sé qué. Vivo poco. Voy tirando. He tenido grandes éxitos, eso sí; mis obras corren por esos mundos a más y mejor. No hace mucho anduve tras ellas por Europa: Francia, Italia, Bohemia, Moravia, Viena... En Praga presencié una de mis mejores representaciones; no sé nada del idioma, pero como sabía en cada momento lo que los actores estaban diciendo, era como oír cantar a los pájaros y entenderlos. En algunas ciudades (en Moscú y en Atenas, por ejemplo) están haciendo dos obras mías al mismo tiempo. Si pudiera viajar continuamente, esto llenaría bien una buena parte de mi vida. Pero tengo que estar aquí, tengo que trabajar aquí. Paciencia. Tengo en cambio una casa feliz y algunos —muy pocos— buenos amigos. Y en el Uruguay, para los veranos, una casita deliciosa entre los pinos, con aire de sal y retumbar de olas. Parva, pero mía. El huerto de Lope («breve como cometa») tenía cuatro varas. El mío tiene mil metros. Bien está que le gane en metros de tierra lo que él me gana en todas las demás tallas.

Bueno, querido maestro, hemos charlado un rato. Que no sea la última vez. Quizá tenemos amigos comunes: Félix Sánchez Pérez, en la Alcaldía; Julio Reyes, Anita Puig, Ruiz Funes... (Hay un excelente poeta nuevo por ahí: Julián Andúgar...). Para todos, los mejores saludos, y un gran abrazo de su invariable A. Casona.»

Esa España que, al decir del comediógrafo astur «no olvido ni una sola hora de mi vida y que, desde lejos, he aprendido a amar con más fuerza y pureza», esa España la vería de nuevo nuestro autor, después de veinticinco largos y duros años de exilio, en 1962, con ocasión del estreno en Madrid de *La dama del alba,* que me deparó la oportunidad inesperada de conocer personalmente a Alejandro. Su vuelta a España tiene lugar, pues, unos dos años después de escrita la carta que antecede. Pero se establece definitivamente en Madrid en 1963. En 1964 hace, por fin, el ansiado viaje a su querida y recordada Murcia de su adolescencia y primera juventud, y entonces tiene lugar el reencuentro personal con su no menos querido maestro don Andrés con la

alegría que es fácil imaginar. Don Andrés tiene ahora 74 años; Casona, 61. El primero nos lo cuenta así: «En el pasado año de 1964 vino por acá, sin apenas anuncio previo, nuestro eximio autor, camino de Cartagena, para asistir al estreno de su biografía escenificada de Quevedo *El caballero de las espuelas de oro.* Los que tuvimos la suerte de acompañarle algunas horas de su viaje, por nuestra ciudad, donde buscaba su antigua casa, hoy desaparecida por nuevas construcciones, y los alrededores pintorescos que recordaba, pudimos apreciar qué cantidad de gozo y de cariño ponía espontánea y fervorosamente en todo lo relativo a la capital donde se moldeó su primera y fundamental vocación literaria» [13].

Pocos meses antes de morir Casona, aún le escribió una carta autógrafa «que su muerte me ha convertido en reliquia»,[14] según manifiesta don Andrés. Casona falleció en Madrid, como se recuerda, el 17 de septiembre de 1965, quedando así truncada para siempre esa entrañable y añeja amistad entre él y don Andrés Sobejano.

En la noche del 24 de septiembre del mismo año, el Grupo de Teatro Latino organizó en Murcia —Aula de Cultura de la Caja de Ahorros— un acto literario-necrológico de homenaje al ilustre autor teatral desaparecido: «Meditación en torno a Alejandro Casona». Dicho acontecimiento fue encabezado por un extenso prólogo introductorio de don Andrés Sobejano, verdadera rememoración cordial y detenido estudio de la personalidad y de la creación del comediógrafo de Besullo, enfocado sobre todo desde la perspectiva murciana y orientado a considerar sus principios literarios [15]. Difícilmente se hubiera podido elegir una persona más idónea para ofrecer y presentar ese homenaje de amistad y esa valoración literaria porque pocas personas habrán podido

---

13 "Línea" cit. p. 8.

14 Ibidem.

15 Coincide, como hemos señalado antes, con el trabajo publicado en "Línea" y del que hemos sacado varias citas. A la publicación en el periódico le faltan sólo unas palabras preliminares —página y media aproximadamente— dedicadas a glosar el significado del acto de homenaje rendido a Casona esa noche.

seguir como él, con tanto interés, con tan sincero afecto, la trayectoria literaria del insigne dramaturgo, ya que él, como hemos tenido ocasión de comprobar, le ayudó decisivamente a encontrarse a sí mismo, a descubrir sus posibilidades de escritor y de poeta, a escoger el difícil camino de la creación literaria, a la que el propio don Andrés tantos y tan valiosos tributos ha rendido [16]. Ese homenaje terminaba de una forma significativa: el maestro, aunado con el poeta, con lúcido conocimiento crítico y fino sentimiento e inspiración a la vez, le dedica al antiguo alumno, ya célebre dramaturgo en el firmamento escénico español de siempre, una semblanza en verso, apretada y acertada síntesis del quehacer teatral casoniano, que me gustaría reproducir aquí: «Este mago de la escena/de rosada frente calva/plasmó una Dama del alba/y varó esquiva Sirena./Su dramaturgia está llena/ de realismo y fantasía./Es humana y es del día;/y en deliciosa ficción/une ironía y pasión/en un nimbo de poesía»[17].

Pero antes de dar por terminado el presente trabajo, para redondear el cuadro, todavía unas líneas, aunque breves, acerca

---

16 D. Andrés, además de profesor del Instituto de Enseñanza Media (hoy Alfonso X el Sabio) y de director del Museo Provincial de Bellas Artes, fue funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, director de la Biblioteca de la Universidad de Murcia y de la Casa de Cultura, profesor honorario de la Facultad de Filosofía y Letras, miembro fundador y de número de la Academia de Alfonso X y académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando y de San Jorge de Barcelona. El profesor M. Muñoz Cortés afirma de él que fue "escritor, poeta de fidelidad a su momento juvenil, y que supo en sus poesías dar calidad y autenticidad a las modalidades del modernismo, fundidas con las nuevas corrientes muy conocidas por él; amigo de Pedro Salinas, de Jorge Guillén, de Dámaso Alonso, de Cayetano Alcázar, siempre fiel servidor en cuanto necesitaban, lector de sus obras, comentarista de cuanto aparecía; la literatura francesa encontró un insuperable traductor en él y, entre otras, fue notabilísima su versión de Claudel ("Línea" de Murcia, 5 de noviembre de 1969). D. Andrés publicó, sobre todo en la prensa diaria y en revistas murcianas, incontables artículos y composiciones poéticas y pronunció numerosas conferencias —como la del homenaje a Casona ya citada— de contenido literario y cultural. Es autor también de la biografía *El Cardenal Belluga*, editada en 1963 por la Academia Alfonso X el Sabio y del libro de poemas, que tuvo la gentileza de regalarme, *Sombra y vislumbre*, premio de poesía "Polo de Medina 1959", editado en 1960 por el Patronato de Cultura de la Diputación de Murcia.

17 "Línea", cit. p. 8.

de las influencias ejercidas sobre Alejandro, mientras estudiaba en Murcia, por sus condiscípulos y amigos, sobre todo con los que entró en contacto al asistir a las clases del Conservatorio —curso 1920-1921—, que simultaneaba con las del preparatorio en la Facultad de Filosofía y Letras. Creo que nadie más indicado que el propio Casona para relatarnos las incidencias y los pormenores de aquellos tiempos de iniciación artística, de despreocupación juvenil, de alegre espíritu de aventura y de descubrimientos de toda índole. En carta fechada en Buenos Aires el 30 de octubre de 1947 y dirigida a su amigo murciano de aquella época, el actor don Antonio Martínez Ferrer, deja traslucir Casona una nostálgica y sincera emoción apenas velada al recordar la Murcia de sus años mozos a través de esos detalles graciosos y pintorescos, de esas expresiones de tan honda y sazonada raigambre murciana. En esa carta escribe:

«Muy querido Antonio: Acabo de recibir con alegre sorpresa tu carta desde Asturias. Me emocionó trayéndome de golpe tantos recuerdos de nuestra juventud, de nuestras primeras ilusiones, de nuestros sueños y escapatorias y de aquella bendita tierra de Murcia, árabe, sucia y bohemia. Son cosas —primeros capítulos de una vocación y de una vida— que no pueden olvidarse jamás. Sólo con leerte me parece oírte hablar, de pronto todos esos recuerdos desfilaron atropelladamente. Cuando yo llegué a Murcia no sabía siquiera lo que era el teatro; te conocí en el Conservatorio (Dionisio Sierra, Jara Carrillo, Massotti) ensayando *La señorita se aburre;* nos hicimos amigos en un momento y para siempre. Y tu afición loca a todo lo que es el teatro (desde la bambalina a la frase, desde el soflamez a la candileja y desde el hombre al personaje) me fue contagiando poco a poco y derivando hacia el escenario mis aficiones literarias. Recuerdo tus grandes admiraciones de entonces: en el repertorio Galdós, Dicenta, Guimerá; en el elenco la Xirgu, Borrás, Morano. Y fui actor espontáneo contigo. ¿Recuerdas aquellas giras de domingo a Espinardo, Jabalí Viejo, La Ñora, Zaraiche? ¿Y aquella escapatoria con dos actrices gordas con flemones, y aquel hambre con calor y sin techo en San Pedro del Pinatar? ¡Era la educación

heroica para poner a prueba una vocación, «la legua», donde empieza la historia del teatro español! Nuestro «arlequín» se llamaba Pepe el Confitero, nuestro «volpone» Guillermo, y nuestro «capitán», Prior. ¿Qué ha sido de todos ellos? Tú resolviste en seguida dedicarte por entero al teatro, abandonando hogar y oficina; yo, con más ataduras burguesas, tardé aún unos años; pero aquí estoy contigo, en esta gran familia común del teatro; separados por un ancho mar, pero unidos por recuerdos y emociones perdurables. Lo primero es lo que queda más hondo. Yo puedo olvidar el nombre de un gran concertista que escuché en La Habana, o la cara de una extraordinaria actriz que me conmovió en París; pero todavía recuerdo el ojo tuerto y los caballitos de cartón de Capdevila, el viejo portero gruñón del teatro Romea que nos dejaba pasar alguna vez a ver los incendios y las inundaciones de Rambal o el salto de Borrás en la mesa rural de Manelic, y el desfile con tramoya pueril del «Entierro de la sardina» por la calle Platería (donde estaba el balcón de mi primera novia) y «El bando de la huerta» con sus romances «panochos» y el «Coso blanco» donde ensayaba Planes sus estatuas, y los caramelos con aleluyas al paso de las procesiones de Salzillo! ¡Época de fe en todo, de descubrir una maravilla cada día, de juegos florales provincianos, de charlas interminables entre la doble fila de chumberas del Malecón hasta el Plano de San Francisco, y de locos proyectos donde todo era hermoso porque todo era imaginación sin riendas! ¿Era realmente hermosa Murcia o es simplemente porque éramos jóvenes? Lo único que sé es que entonces cuatro versos y un plato de michirones hacían una tarde feliz... En fin, basta de recuerdos. Bien están ahí donde están, en el fondo del alma, con toda su pureza ingenua y su valor de ayer. La vida hay que tomarla como viene y la nuestra ha venido últimamente con las del Beri. El único consuelo es el profundo convencimiento de que no fue nuestra la culpa. A torearla en su terreno.»

En una segunda carta, enviada unos meses más tarde —3 de marzo de 1948— a otro de sus buenos amigos murcianos, don José Martínez Gilabert, y fechada en Punta del Este (Uruguay) —donde

solía pasar las vacaciones—, insiste Casona en las inolvidables andanzas vividas conjuntamente:

«Querido Pepe: No te imaginas la alegría que me dio recibir tu carta; fue como si de golpe me volvieran juntos todos los felices recuerdos de nuestra Murcia de hace veinticinco años, nuestras ilusiones y nuestro fervor por el teatro, nuestras salidas de cómicos de la lengua por esos pueblos de Dios, y toda aquella bohemia alegre y juvenil del Conservatorio. No se me ha olvidado tu Arlequín; ni el primer día que te conocí (en un ensayo de *La señorita se aburre*) ni mi debut como actor, que fue a tu lado haciendo *Coba fina* en un pequeño teatro de la calle Vara de Rey (Teatro Ortiz). Recuerdo tu barrio, tu confitería y toda tu disparatada gracia, que por tu carta veo que no has perdido. A continuación de tu carta me llegó el sobre con el retrato de *La casita blanca.* ¡No podías haberme hecho regalo mejor!

Si algún día cambian las cosas y los vientos, mi ilusión será el regreso a España; y para entonces te prometo que mi primera excursión será a Murcia a darte un abrazo y recorrer contigo nuestros queridos lugares de antaño; donde, burla burlando, me nació la vocación y la fe de esta profesión, a la que hoy debo una vida digna en el destierro de América.»

Y nada más. Me atrevo a pensar que con los testimonios aducidos anteriormente, queda bastante claro ese papel decisivo que la época de Murcia tuvo en la génesis de esa insobornable afición, —pasión, diríamos mejor— a la literatura y en especial al teatro de Alejandro, soterrada al principio pero manifiesta, incontenible y triunfante después.

En noviembre de 1969, me escribió don Julio Reyes desde Murcia, comunicándome la triste noticia del fallecimiento de don Andrés Sobejano, figura «de hondo valor humano, de finura intelectual, de saber lleno de sal y de hombreidad, gran amigo de todos», como expresó en esa ocasión, con justas palabras, el profesor Manuel Muñoz Cortés, que bien le conocía [18].

---

[18] En "Línea", Murcia, 5 de noviembre de 1969.

Estas líneas, además de intentar poner de relieve primordialmente la decisiva importancia de la etapa murciana en la dedicación al teatro de Casona, quieren ser también, al mismo tiempo, un modesto testimonio de respeto y admiración, de afectuoso recuerdo en particular a esos dos hombres de bien que nos han abandonado en fechas todavía recientes, Casona y don Andrés, y a la generosa y ejemplar amistad que les unió a lo largo de tantos años, tan fecunda y provechosa para nuestras letras.

J. Rodríguez Richart

Universität S'aarbrücken.